

LA REVOLUCIÓN FRANCESA Y LA “SIMBÓLICA DE LOS RITOS BOLIVARIANOS”

Georges Lomné Instituto Francés de Estudios Andinos (IFEA)

INTRODUCCIÓN

Este texto fue escrito en junio de 1989, para ser presentado en el coloquio de la Sorbona: "L'Amérique Latine Face à la Révolution Française".

Es parte de la investigación que hace actualmente el autor acerca de los imaginarios políticos del período de la Independencia.

El símbolo es, con propiedad, lo que autoriza el reconocimiento. De silenciar sus símbolos, un sistema político se privaría, de facto, de la adhesión por parte del grupo a sus ambiciones. De tal manera que la Revolución francesa forja muy pronto una pedagogía política de la fiesta en la que la imagen y el rito concurren a la hipérbole del hombre en cuanto sustituto de la divinidad. Al examinar la filiación existente entre la "simbólica" bolivariana y la de la Revolución francesa nos corresponde, en fin de cuentas, comprobar la pertinencia del adagio de Marc Bloch según el cual "Los hombres se parecen a su tiempo más que a sus padres".

En rigor, los ritos bolivarianos no abarcan el conjunto del "Folklore de la República", cuyos cimientos van echando los estados recién emancipados. A priori, no conciernen sino a los comportamientos de carácter reiterativo que ponen en escena al Libertador en cuanto "ser político". Además, ala independencia de las repúblicas latinoamericanas tanto como a la Revolución francesa, no cabe considerarlas como un todo; no debiendo el episodio bolivariano, por más visos de preponderancia que entrañe, pretender a la exclusividad. Así y todo presenta, en nuestro sentir, notable interés bajo el enfoque particular de una dualidad sim-

bólica con la "Gran Nación", que nos proponemos estudiar.

—En primer lugar, efectivamente, aparece el rito bolivariano en medio de los ritos cívicos patriotas de la América independentista como el más acabado, el más duradero y el que se expande por el más dilatado espacio.

—En segundo lugar, ofrece sin duda alguna el caso particular más fecundo de una contaminación simbólica de la Francia revolucionaria. Ni la América Central con el breve episodio de Iturbide en México, ni el Cono Sur arrojan tanto despliegue de signos políticos modernos.

Los "avances de ideas" que Desmoulins concedía a la Revolución francesa encuentran aquí un terreno predilecto.

En tal óptica, nuestro empeño inicial consiste en localizar los emblemas y las liturgias que remiten al universo simbólico revolucionario, en el mismo meollo del rito bolivariano. Después solamente será lícito sacrificar al arduo ejercicio de las interpretaciones, en cierto modo, la oca-

sión de penetrar en el "Laberinto del General" (1) y de acosar en él al imaginario *Sans-culotte*, antes de sentar las bases de un tropismo americano, el cual a nuestro juicio vuelve a plantear en términos autóctonos el carácter mismo de lo simbólico importado.

I. EL SIGNO REPUBLICANO EN EL MEOLLO ACTIVO DEL RITUAL BOLIVARIANO

1. Los "Emblemas de la la Revolución"

La veneración a la bandera constituye el más relevante de los usos simbólicos que fomentan la filiación del Libertador con la herencia de la "Gran Nación". Muy temprano opta Bolívar a favor del pabellón tricolor de Miranda, cuya referencia nacional permite eclipsar la muchedumbre de estandartes, regionales o pueblerinos, que floreció en los albores de la Independencia (2). Adornando sus rituales con los colores del arco iris, puede consolidar las bases de una nueva legitimidad, ayudándose con un símbolo de pedagogía muy fuerte, según hizo la *Convención Montañesa*, ya desde 1793, al declarar obligatorio el uso de la escarapela (3).

— El arsenal de lo simbólico resulta, por lo tanto, íntimamente ligado a los colores nacionales. En Bogotá, por ejemplo, durante el solemne triunfo del 18 de septiembre de 1819, dos genios alegóricos levantan con una mano un dosel tricolor, mientras que con la otra enarbolan las armas de Venezuela y de la Nueva Granada (4). En el último caso es probable, por la fecha considerada, que se trate del águila de Cundinamarca, tocada con el gorro frigio utilizado con anterioridad en tiempos de la "Patria Boba". En Caracas dos años



Sello de la República de Colombia, 1822-1823. El águila de Cundinamarca, tocada con el gorro frigio, fue retomada de un emblema utilizado con anterioridad por la "Patria Boba". A.N.H., Quito.

más tarde, cuando la celebración de la victoria de Carabobo (5),

el nuevo escudo de armas de Colombia adorna la fachada de la Municipalidad alternando con la bandera. Nada de gorro frigio ya, pero sí la explícita divisa "Morir o ser Libre" (6). Por fin, en Quito en mayo de 1823, rematando el carro alegórico armado por Manuela Sáenz, el escudo, dibujado en Cúcuta el 11 de octubre de 1821 (7), va al lado del símbolo supremo de la Nación. Se trata esta vez de un "hacecillo de lanzas" (el haz liitorio de los romanos) orlado de dos cornucopias, metáforas de las riquezas de los "países fríos, templados y cálidos": el signo se relaciona ya más con la voluntad de afianzar las instituciones tanto como la abundancia material, que con la de procurar un ideal igualitario. Colombia, como el consulado en su tiempo, aspira finalmente a levantar sus *masas de granito*.

El lenguaje de las alegorías que nos dirige el ritual bolivariano nos permite igualmente establecer su filiación directa con "lo imaginario" revolucionario. Los "transparentes", especie de telas finas pintadas e iluminadas, o la estatuaría que ostentan los actos cívicos bolivarianos representan siempre la Libertad en figura de ninfa vestida a estilo antiguo, blandiendo un asta con un gorro frigio en lo alto.

1. El título que escogió Gabriel García Márquez para su última novela (*El General en su laberinto*, Bogotá, Ed. Oveja Negra, 1989) es evocadora gusto de un imaginario lleno de recovecos que se constituye en caleidoscopio de su tiempo y de dos continentes más allá del carácter fatídico de una marcha a la muerte que desea calificar.
2. Bolívar informa al general Juan Bautista Arismendi, gobernador de la isla de Margarita, de su elección a favor de la bandera tricolor de Miranda en un oficio fechado del 28 de octubre de 1813. Citado por Joaquín Pineros Corpas en *Historia de la bandera colombiana*, Bogotá, Imprenta de las Fuerzas Militares, 1967, pp. 47-48.
3. Garrigues, Jean: *Images de la Révolution*, París, Ed. Du May, 1988, p. 35.
4. *Correo del Orinoco* No. 49 del sábado 15 de enero de 1820, ed. facsímil, París, Desclée de Brouwer et Cié, 1939.
5. *Gaceta de Caracas* No. 22 del jueves 9 de noviembre de 1821, T. IX, ed. facsímil, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1983.
6. Se encuentra una ilustración de este escudo muy efímero (10 de enero de 1820-6 de octubre de 1821) en la p. 312 del libro de Evangelista Quintana: *Símbolos de la nacionalidad colombiana*, Buenos Aires, Peuser, 1954.
7. *Suplemento al No. 1 del Monitor Quiteño* del 5 de junio de 1823. El original está en posesión del señor John de Howitt. Ambato, Ecuador. Respecto a la heráldica colombiana ver el excelente artículo de Eduardo Posada, en el No. 18 del *Boletín de historia y antigüedades*, Bogotá 1903.

Por lo demás, suele darse el caso de que la ninfa cobre cuerpo para acompañar al retrato del Libertador (8). En determinados casos, incluso, el Genio de Colombia le arrebató los atributos distintivos de la era nueva (9). Queda fuera de duda que las virtudes cívicas de la Roma antigua pueblan lo imaginario independentista, aplicándose repetidamente a los héroes de la Libertad bajo forma de banderolas de tela de color que se ganan al juego de la sortija y que la gente se reparte con solemnidad. Las sentencias que llevan impresas son siempre elocuentes, a veces con deje de lenguaje cortés (10).



Revés de la medalla acuñada por Eloy Valenzuela en Bogotá, para conmemorar la salvación del Libertador el 25 de septiembre de 1828. Tomado de Enrique Uribe White: *Iconografía del Libertador*, Bogotá, 2da. ed., Lerner, 1983, pág. 172.

La simbólica bolivariana participa, además, de las "extrañas metamorfosis del triángulo" ya señaladas para la Revolución francesa (11). En Bogotá, el 28 de octubre de 1828, un transparente presenta un triángulo dotado del ojo ubicuo que lanza rayos de luz hacia una efigie del Libertador colocada en un pedestal. Verdad es que en los días que siguieron al atentado de la "Noche Septembrina", se puso a la San Simón bajo el sello de la Divina Providencia, como lo indica claramente el revés de la medalla acuñada con este motivo (12).

2. La liturgia de la unanimidad

Sin embargo, los símbolos no adquieren verdadero sentido si no son contemplados en el cuadro de una liturgia. Ahora bien, el ritual bolivariano y la fiesta revolucionaria bien parecen participar de la misma "comunidad instauradora" (13). En 1818, en Angostura, Hippiisley y sus compañeros de armas bailan la Carmañola alrededor de un cacaotero convertido de improviso en árbol de la Libertad a fin de celebrar el octavo aniversario de la fundación de la República. He aquí el indicio de que el ritual

del juramento cívico, practicado ya por Nariño en Santa Fé, se perpetúa en las riberas del Orinoco, aún cuando el altar de la mística revolucionaria (14) parece un tanto adulterado. En plano más alto, el Libertador, en el momento de sus triunfos, pone en escena su relación de identidad con la Nación. Los coronamientos cívicos de que es objeto en cada ocasión, le facilitan la reactualización de su legitimidad. Sus mismas lágrimas, como ocurre con el héroe caballeresco, se la confieren con más generosidad, es decir, con más nobleza (15). Así, el juramento bolivariano, igual que el juramento revolucionario, crea la soberanía. En este sentido, se opone semánticamente al juramento monárquico tal como lo practicó el conjunto de las Juntas Urbanas, en el otoño de 1808. Buena demostración de ello nos proporciona el juramento colectivo de defender la Constitución prestado por los ciudadanos de Angostura, el día 30 de enero de 1822: la "Felicidad de los Pueblos" es la que con solemnidad se funda en nombre de los principios de "Libertad: Ygualdad, Propiedad y Seguridad" (16).

Ya, a raíz de la malograda experiencia de la primera República

8. *Gaceta de Colombia* No. 160 del domingo 7 de noviembre de 1824, T. 2; ed. facsímil, Banco de la República, Bogotá, 1974.

9. *Gaceta de Caracas* No. 22, *op. cit.*

10. Es interesante comparar las cintas que se ganan en el juego de la Sortija, especie de competencia ecuestre basada en la destreza, en Quito en mayo de 1823. con las que distribuyen las ninfas en Caracas en enero de 1827. En el primer caso, las sentencias aluden al lenguaje cortés; en el segundo, se satisfacen en enunciar brevemente las Virtudes Patrióticas del "Desinterés" de la "Probidad", del "Valor" y de la "Constancia" que Bolívar se reservó para sí. como lo reporta Páez en su *Autobiografía* (New York, H. R. Elliot, 1869, reed. 1946, T. I, p. 373).

11. Leith, James A.: "Les étranges métamorphoses du triangle pendant la Révolution Française" en Coloquio: —*Les images de la Révolution Française*, París, Publications de la Sorbonne, 1988.

12. *Gaceta de Colombia* No. 391 del jueves 18 de diciembre de 1828, T. 4; ed. facsímil, *op. cit.*

La medalla acuñada para este propósito está reproducida en la p. 172 del libro de Enrique Uribe White —*Iconografía del Libertador*— 2da. ed., Bogotá, ed. Lerner, 1983.

13. Starobinski, Jean: —1789, *Les emblèmes de la Raison*, París, Flammarion, 1979, p. 65.

14. Hippiisley, G.: —*Histoire de l'expédition aux rivières d'Orénoque et d'Apuré dans L'Amérique méridionale*, París. G.C. Hubert, 1819, p. 58 a 63.

15. *Correo del Orinoco* No. 49, *op. cit.*

16. *Ibid.*, No. 126, del sábado 9 de febrero de 1822.

Venezolana, la *Gaceta de Caracas*, increpaba el vocabulario de la unanimidad republicana:

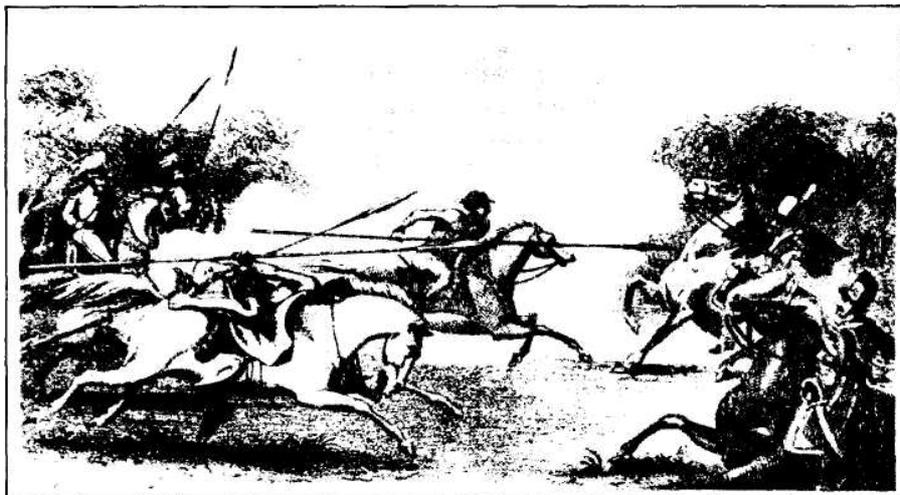
Ya habéis vivido baxo un sistema cuyo lenguaje estaba compuesto de muy pocas palabras: FELICIDAD, PROSPERIDAD, LIBERTAD Y TRECIENTOS AÑOS DE ESCLAVITUD; habéis vuelto á salir de esas palabras (17).

Once meses después, el grandioso funeral que organiza Bolívar en honor a Girardot es ocasión para difundir odas a la Libertad y reanudar una regeneración interrumpida. El vocabulario de la liturgia bolivariana se revela entonces "moderno", pues alimenta un discurso de la unanimidad republicana. En adelante, no deja de constituirse en oposición a lo que se designa con el nombre de "despotismo" y "superstición". Bolívar progresivamente viene encarnando el Verbo de la Independencia como Robespierre el de la Revolución. El profetismo que sabe manifestar le asegura el delirio de las multitudes y mantiene la ilusión de la unanimidad. Januario Silva describe de manera asombrosa, en una carta a Santander fechada a 2 de noviembre de 1819, la verdadera transmutación de los ánimos que es capaz de llevar a bien el Libertador (18), mientras el general Mosquera tampoco da crédito a sus ojos en junio de 1822, en Quito (19). El entusiasmo es un parámetro intangible

del ritual bolivariano tal como lo era del ritual revolucionario.

En tal contexto, la "heroización" no es palabra vana (20). Si la "voluntad general", ya sublimada por Rousseau (21), es instrumento suficiente para fundar el suceso memorable del acto cívico, también lo es para colocar

sin embargo, es que sea el protagonista el General victorioso. Durante los actos cívicos que se le dedican, el Libertador, con bastante frecuencia, va asociado a la figura de Hércules, que la Revolución francesa ha hecho familiar ya en aquel entonces como alegoría de la fuerza de la Nación aplastando al des-



El llanero venezolano constituye la metáfora americana por antonomasia del *Sans-Culotte*. Ilustración tomada del: —*Mundo de Bolívar*, París, ed. Delroisse, 1983, pág. 79.

en su centro al hombre o a los hombres memorables. Pueden ser éstos los llaneros venezolanos, metáfora americana por antonomasia de los *Sans-culotte*, cuyo talento para el "vuelvan caras" se orchestra durante los combates simulados que ornamentan las grandes conmemoraciones bolivarianas; así, en Quito el 26 de mayo de 1823 (22), y en Bogotá el 7 de agosto de 1824 (23). Lo más corriente,

potismo (24). La protección de Minerva, madre de las ciencias, hermanada con la filosofía de las Luces, aparece más frecuente. Coloca la diosa el busto de Bolívar en la columna de la inmortalidad y le asegura las virtudes del triunfo. En el meollo del ritual bolivariano la "heroización" se afirma, pues, como valor revolucionario, ya que celebra la reconciliación de la Palabra y de la Acción (25).

17. *Gaceta de Caracas* No. 10 del domingo 6 de diciembre de 1812, T. III, ed. facsímil, *op. cit.*

18. *Boletín de historia y antigüedades*, pp. 109-111, Bogotá, 1903.

19. Extracto de las *Memorias* de Mosquera, citado por Ángel Chiriboga en: —*Bolívar en el Ecuador*, 1942, reed. 1983, Quito, Talleres Gráficos de Educación Pública, p. 7-8.

20. Tomamos este neologismo de Philippe Goujard en "Une Notion-Concept en construction: l'Héroisme révolutionnaire". Ver el *Léxico*.

21. Starobineki Jean, *op. cit.*, p. 41.

22. Grisanti, Angel: "El vuelvan caras de Quito" en *El Libertador* No. 129, Quito 1963, p. 27.

23. Hamilton, J.P.: —*Travels through the interior provinces of Colombia*, London, 1827, pp. 222-224.

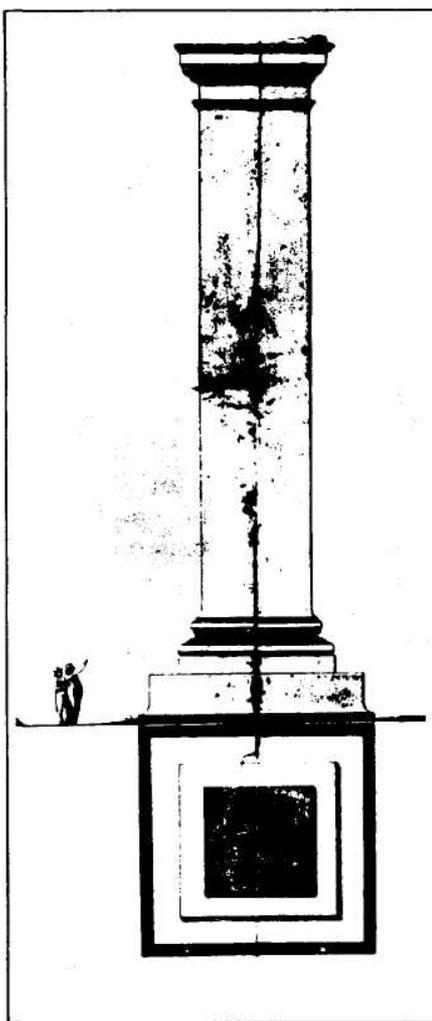
24. Benzaken, Jean Charles: —"Hercule dans la Révolution Française", en *Coloquio op. cit.*

25. El transparente que despliegan en la puerta de la capilla de la Universidad de Caracas en 1821, para celebrar la victoria de Carabobo, ilustra bien a nivel simbólico la reconciliación de la palabra con la acción: El Libertador figura aquí escoltado por Minerva y Hércules, en *Gaceta de Caracas*, No. 22 *op. cit.*

3. Una regeneración de carácter ambiguo

Examinando primero el lenguaje de las formas, tropezamos sin tardar con esas "letras alfabéticas" definidas por Ledoux, que fundan "la geometría como lenguaje de la Razón en el Universo de los signos" (26). La estética del triunfo no puede hacer menos que ajustarse a la nueva geometría política. ¿Acaso la economía de las formas no revisite, apriori, un sentido particular en una América sumida en el barroco? El 30 de enero de 1822, en Angostura, el entarimado utilizado para jurar la Constitución lleva de ornamento, en cada uno de sus ángulos, una pirámide (27). Un año más tarde, el Cabildo de Quito decide levantar otra en la Cima de la Libertad, en homenaje a los muertos de la batalla de Pichincha (28). Aun cuando esta última nunca llegó a ver la luz del día, parece manifiesta la correspondencia con la Francia revolucionaria que puebla su universo simbólico de este signo de la Razón, dedicándolo a los manes de sus héroes. Así mismo, no extraña el que el templete octogonal edificado en la plaza de Caracas el 10 de enero de 1827 (29) recuerde tanto al templo griego construido por David en el campo de Marte en agosto de 1793 con motivo de la fiesta de la Unidad (30), por lo similar que resulta en uno y otro caso el universo —neoclásico— de las formas.

La confusión entre lo antiguo y lo moderno se da, pues, en ambos lados del Atlántico, creciendo su amplitud tan pronto se penetra en el lenguaje propio de



Columna ática proyectada por Agustín Ibarra para el campo de batalla de Carabobo. A.N.C. Bogotá, Mapoteca No. 4: doc. No. 70A. Ilustración tomada de *Carabobo, generación de héroes*, Caracas, Presidencia de la República de Venezuela, Lámina XXV.

la alegoría. La figura de la Fama que aparece durante los triunfos bolivarianos luce una rigurosa semejanza con la utilizada por los virreyes, o la que manda pintar el Pacificador Torivio Montes en Quito, en junio de 1813, para las festividades que ordena celebrar en honor a la proclamación de la Constitución de Cádiz (31). La adecuación de las virtudes cardinales del rey es obvia, por otra parte, ya que remite al "Escudo de las virtudes" (*Clipeus Virtutis* de Augusto: *Virtus, Clementia, Iustitia, Pietas*). Pero a eso, sin más, se presta el carácter sincrónico de los jeroglíficos, pues, en cuanto se rebasa el discurso de la "heroización" en sentido estricto, se reintegran los signos a su semántica realista o patriota. Los jeroglíficos de la Libertad siguen siendo los signos distintivos de la Modernidad, en medio de formas neoclásicas que no siempre lo son. Sirva de ejemplo la columna ática proyectada por Agustín Ibarra para el campo de batalla de Carabobo, la cual carece de significación por estar exenta de símbolos o inscripciones de carácter patriota. En cambio, la corintia de Miguel Rola, con un haz lictorio en lo alto y provista de una leyenda explícita, no induce a confusión (32).

La mayor ambigüedad reparable en el caso que retiene nuestra atención atañe, al fin y al cabo, más al ritual que a lo simbólico.

26. Starobinski, Jean, *op. cit.*, p. 50.

27. *Correo del Orinoco* No. 126, *op. cit.*

28. Archivo Nacional de Historia, Quito, serie *Presidencia 1826*, Vol. 631: doc. 58, Vol. 632: doc. 88 y Vol. 634: doc. 13.

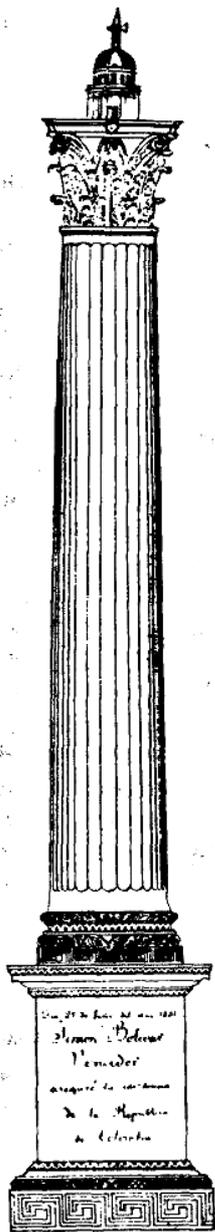
29. Salgado Gómez, David: "Efemérides de la Independencia", en *Revista de la Sociedad Bolivariana en Colombia*, Nos. 17-18, 1937, pp. 193-199: cita el testimonio muy valioso de una institutriz inglesa que asistió al triunfo.

30. Respecto a la iconografía de la Fiesta Revolucionaria ver a Mane Louis Biver: *Fetes Révolutionnaires á Paris*, París PUF 1979 p 224.

31. "Breve relación de los regocijos que han acaecido en esta ciudad con motivo de haberse publicado las constituciones nacionales de la Monarquía española" en *Boletín de la Academia Nacional de Historia* No. 64, Quito, 1944, pp. 327-344.

32. Documentos 70A y 68A de la Mapoteca No. 4; Archivo Nacional de Colombia.

Fuera del meollo activo del juramento cívico el ritual bolivariano



Columna corintia proyectada por Miguel Rola para el campo de batalla de Carabobo, A.N.C. Bogotá, Mapoteca No. 4: doc. No. 68A. *Ibid.*, Lámina XXVI.

parece, en gran parte, vestido de los "oropeles de la Colonia". La ordenación cronológica interna de los ritos sigue idéntica a lo que fue, y se articula alrededor de una doble significación: la prioridad del homenaje a la Virgen tutelar del lugar y el acatamiento a las precedencias tradicionales hasta cuando, en algunos casos, la supervaloración de la casta militar causa ciertos disfuncionamientos. El aparato material del ritual permanece a menudo inmutable, según evidencia, por ejemplo, la celebración del santo del Libertador en Quito en 1822 (33): idéntica decoración de la plaza, igual hechura de los arcos de triunfo, utilización similar de las hachas de cera. En este caso, a pesar de todo específico, la modificación más relevante consiste en sustituir el retrato del rey por el de Bolívar. La inercia también se ceba en lo invariable del espacio ritual. La plaza nunca se ve desposeída de su papel de lugar festivo privilegiado. En cuanto a su recorrido, los cortejos triunfales respetan aún los usos inmemoriales.

II. LA REVOLUCIÓN EN EL LABERINTO DEL GENERAL

1. La "simbólica" del rito bolivariano a prueba de la "Termodinámica Revolucionaria" (34).

De gran interés puede ser intentar discernir una diacronía simbólica en medio del ritual bolivariano, e ir ponderando la

variación de su adecuación a la Revolución francesa.

Un primer período discernible será, a nuestro parecer, el que media entre fines de 1812 y comienzos de 1816. Se trata de una fase del ritual todavía carente de cualificación bolivariana en sentido más cabal. Por lo tanto, más acertado sería hablar del ritual indiferenciado de un general victorioso, tal como se aprecia en su entrada triunfal a Caracas el 6 de agosto de 1813. La acogida de las ninfas y las coronas de laurel no revisten en ese instante sino el carácter de un estereotipo, el mismo con el que se agasaja al coronel Rivas algunos días después (35). Con todo, se han echado las bases de la pedagogía del entusiasmo, a falta de un claro despliegue de signos revolucionarios. El general Serviez recalca a más no poder, en sus *Memorias*, la inaudita perduración de la utopía política:

Se abrieron las cárceles y las víctimas del despotismo salieron de los infectos calabozos para tomar parte en júbilo público. Pero ¡qué espectáculo! Aquellos desdichados, en su mayor parte, tenían menos aspecto de hombres que de cadáveres arrancados a la sepultura. Los habitantes de Caracas demostraron la más admirable templanza con sus enemigos pues no se persiguió a ningún español ni a ningún monje (36).

En tal clima, se comprende mejor la presencia, un par de meses después, de dos ángeles en el carro alegórico que transporta la urna en que se guarda el corazón de Girardot.

33. *Acta del Cabildo* del 25 de octubre de 1822; Archivo Municipal de Quito: Vol. No. 143.

34. La distinción fenomenológica de cuatro tiempos en el seno del proceso revolucionario que opera Abel Poitrineau en su obra: *Mythologies révolutionnaires*, París, PUF, 1987, corresponde imperfectamente a nuestro objeto de estudio pero, sin embargo, conservaremos la metáfora seductora de "Termodinámica Revolucionaria".

35. *Gaceta de Caracas* No. 1, del jueves 26 de agosto de 1813, T. IV, ed. facsímil, *op. cit.*

36. De Viaraz, M: —*L'aide de camp ou l'auteur inconnu*, París, Dufey et Vezard, 1832, p. 155. (Traducción del autor).

La "guerra a muerte" y los desengaños originados por la Pacificación de Morillo sumen a Bolívar en el "corazón negro" de su gesta. Queda desestructurado su rito a la par que vaciado de sentido su frágil simbolismo inicial. Reducido casi a la sola

diez años después en más faustas circunstancias (39).

Luego, desde Boyacá hasta Ayacucho la suerte de las armas son ríe a Bolívar. Es aquél verdaderamente el momento privilegiado de César en los Andes. ¿Acá-

al de los virreyes. Y, suprema ironía, el Libertador aprovecha los preparativos para las honras fúnebres en memoria de Isabel de Braganza, desamparados por Sámano en su fuga, en beneficio de los patriotas caídos en el combate (40). Las festividades organizadas en su honor en Quito en junio de 1822 no son más significativas en cuanto a lo simbólico: la loza mandada a realizar por José Sanz García con ocasión de uno de los banquetes celebrados en ellas no ostenta más que el escudo nobiliario del Libertador (41). ¡Escaso sabor revolucionario, en verdad, encierra todo ello! En cambio, en la cima del Potosí, el día 6 de agosto de 1825, al colocar por sí mismo el propio busto al pie de una pirámide erigida en su honor, se presta el Libertador a una "auto-heroización" bajo el signo de la Razón (42). El otoño de 1828, a raíz del infortunio de Bruto, permite a César encarecer más su "heroización". Las fiestas del 28 de octubre son, esta vez, lucidísimas, pero es hora de la fidelidad, y no del gorro frigio...



Entrada de Bolívar a Santa Fé de Bogotá, el 18 de septiembre de 1819. Sociedad Bolivariana de Bogotá. Ilustración tomada del *Mundo de Bolívar*, op. cit., pág. 85.

Angostura desde abril de 1817 hasta agosto de 1819, llega a abandonar la misma bandera tricolor, trocándola por la negra con calavera, donde campea la divisa: "La Libertad o la Muerte" (37). Así queda constituido el crisol del único mito *Sansculotte* de la Independencia. Ya, en aquella época, la simple pluma blanca en el tocado vale por signo distintivo entre los patriotas (38); ocurriendo igual

so no se identifica el Cuzco con una "segunda Roma" en boca del Libertador? Este período, sin embargo, empieza con una paradoja: la entrada triunfal del 18 de septiembre de 1819 en Bogotá carece prácticamente de simbolismo revolucionario, no obstante haber sido la que mayor esmero mereció por sus preparativos escalonados a lo largo de cinco semanas. El boato, en cambio, recuerda a todas luces

2. Los canales de una liturgia de inspiración revolucionaria

Sin embargo urge, por nuestra parte, descartar la idea ilusoria de que Bolívar orquesta personalmente sus actos cívicos como exclusivo director de una escenificación de la cultura revolucionaria en medio de los países a los que emancipa. Múltiples, al

37. Vowell: — *Campaigns et croisières*, París, Aux salons littéraires, 1837, p. 74.

38. Hippiisley, G.: op. cit., pp. 46-47.

39. Nos lo reporta la institutriz inglesa citada más arriba.

40. Peña, José Segundo "Bolívar en Bogotá" en *Revista de la Sociedad Bolivariana de Colombia* Nos. 27-28, 1938.

41. Una foto de este plato figura en el artículo de Fernando Jurado Noboa: "Recepciones a Bolívar en Quito; junio de 1822", en Vol. 36 de las publicaciones de la *Sociedad de Amigos de la Genealogía* de Quito, 1988.

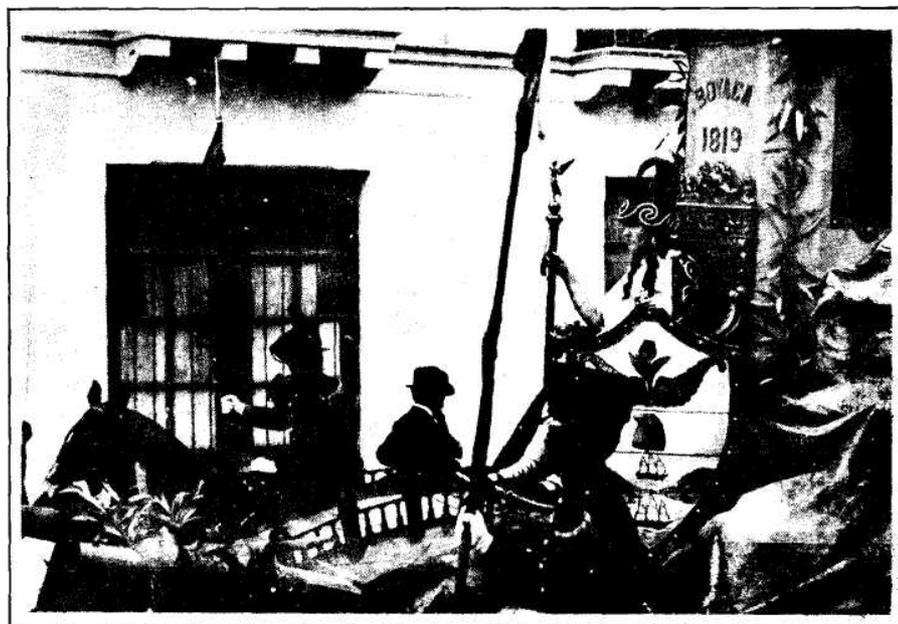
42. La ceremonia es descrita en el No. 37 del *Sol del Cuzco* citado en el No. 33 de la *Gaceta del Gobierno del Perú* del domingo 23 de octubre de 1825, T. III de la ed. facsímil, Fundación Eugenio Mendoza, Caracas, 1967.

contrario, son los canales de elaboración de la nueva liturgia, reveladores de que la Modernidad ha irradiado ya. Así el juramento cívico, con pretensión de crear la soberanía, aparece ya desde 1806, al jurar Miranda y sus compañeros en el Leander "Ser leal y fiel al pueblo libre de América del Sur, independiente de España" (43), ante un pabellón sellado con el sol de la Regeneración y adornado con el lema "Muera la tiranía y viva la Libertad" (44). Pero el auténtico pionero de una escenificación de la "simbólica" revolucionaria sigue siendo Nariño en Bogotá. Sirva de ejemplo sobre el particular, la extraordinaria descripción legada por José María Caballero de cómo, el 29 de abril de 1813, en la plaza de la ciudad plantó el Cabildo, en el centro de un triángulo de piedra, un Árbol de la Libertad. Iba el arrayán adornado con un gorro frigio colorado y con máximas revolucionarias, pero también con motivos piadosos... (45).

Si no innova, el Libertador tampoco figura directamente en el centro de la producción de una cultura simbólica de inspiración revolucionaria. Durante la campaña libertadora, el Cabildo no deja de ser el alma de todas las decisiones en materia de actos cívicos. Regenta los triunfos y honores en función de sus "Rentas de Propios" y de su voluntad

política. Los dos parámetros actúan de consumo sobre la intensidad de la producción de los signos. Pasado el año 1824, y de manera creciente, cada Estado bolivariano empuña por su cuenta las riendas de su folklore político, no pasando el Cabildo de ser un eslabón más o menos aquiescente. El evergetismo deja lugar a la propaganda, lo cual provoca unificación y simplificación del universo simbólico en el seno de cada espacio nacional en gestación (46). El mismo Bolívar se cansa del triunfo: ¡El 10 de febrero de 1826 atraviesa por Lima a galope tendido, mientras la ciudad le ha preparado honores grandiosos! (47).

El ritual bolivariano, no obstante, aspira a desempeñar el papel de "escuela del hombre hecho". Pretende "poner la Nación en el molde" como la fiesta revolucionaria en su tiempo (48). Entran deseos entonces de descubrir a un David o a un Quatremer de Quincy, pero solamente se encuentra a unos mecenas aislados o a unos regidores nombrados de oficio. En Quito, por ejemplo, en mayo de 1823, el maestro de ceremonias es un tal Manuel Zambrano, de muy elogiado celo patriota. Unos colegiales declaman al general Salom las odas que han compuesto para la circunstancia, pero la pedagogía del ritual sólo aparece



Carro alegórico. Centenario de la Batalla de Pichincha, Quito, 1922. Lo simbólico revolucionario sigue vigente. A.H.B.C.E. ref. No. 186.

43. Pedro Grases en su: —*Historia de la Imprenta en Venezuela* (Caracas, ed. de la Presidencia de la República, 1967, p. 63) cita el documento en su integridad.
44. Esta bandera fue quemada en Caracas el 4 de agosto de 1806, en plaza pública; el Archivo General de Indias posee su esbozo, tal como fue levantado por las autoridades que la confiscaron. Su mejor reproducción figura en el catálogo de la B.D.IC: —*La Revolution FranQaise, la Péninsule Ibérique et l'Amérique Latine*, Madrid, 1989, p. 55.
45. Caballero, J.M.: —*Diario de la Patria Boba*, pp. 133-134 de la reed. de 1986, Bogotá, ed. Incunables.
46. Lo ilustra bien el decreto honorífico emitido por el Gobierno Colombiano, después de las victorias de Junin y de Ayacucho, que Restrepo dirige a todas las Intendencias: ¡Es un documento más administrativo que entusiasta! Archivo Histórico del Banco Central del Ecuador: Doc. 31/45.
47. *Gaceta del Gobierno del Perú* No. 13 del sábado 11 de febrero de 1826, ed. facsímil, *op. cit.*
48. Ozouf, Mona: —*La fSte révolutionnaire, 1789-1799*, París, Gallimard, 1981, pp. 236-237.

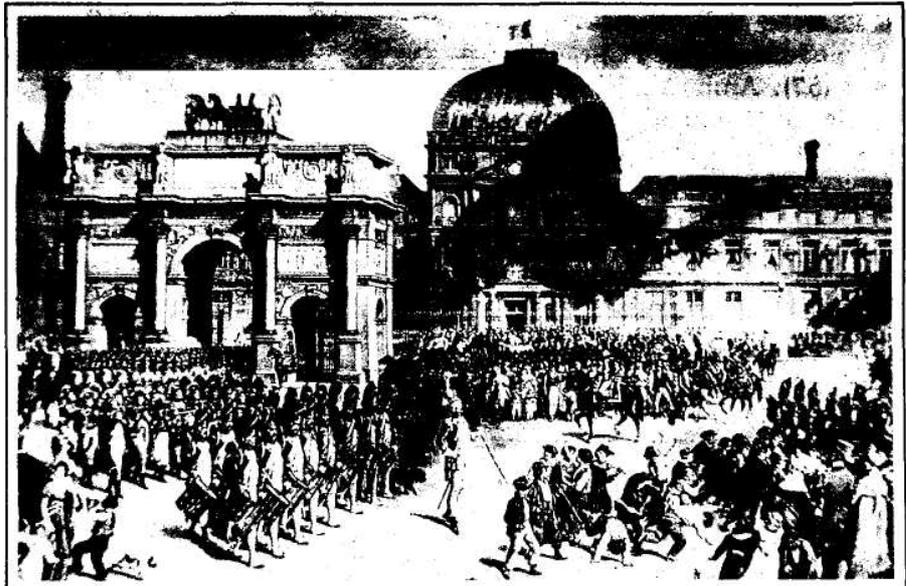
claramente con la función teatral montada por algunos de ellos: *Roma Libre*, comedia que trata del fin de los Tarquinos y de los comienzos de la República (49). La elección de esta clase de tema tiene tanta significación como la del argumento de la comedia *Mucius Scevola* en el Caracas amenazado de diciembre de 1811 (50). Este último rasgo nos remite a la "anticomanía" de la Revolución francesa: el parentesco de los símbolos nos introduce en la filiación de los imaginarios.

3. La cultura antigua en cuanto paradigma

Sin la lectura de Plutarco apenas se concibe al joven Bonaparte, y sin el ejemplo de Napoleón, ciertamente tampoco al joven Bolívar (51).

Este aforismo de Emil Ludwig tiene la ventaja de dar en el blanco del problema clave de la genealogía de los imaginarios: ¿influye el filtro napoleónico sobre la filiación existente entre el ritual bolivariano y la fiesta revolucionaria? El Libertador presencia el 2 de diciembre de 1804 las fiestas de la coronación de Napoleón en París, tras haber asistido previamente a las de la "Paz del Mundo" en Amiens, en febrero de 1802. Así lo refiere a Perú de Lacroix:

Aquel acto augusto y magnífico me entusiasmó, su pompa y los sentimientos de alegría y de amor que un



Un día de revista en la plaza de Carrousel, en tiempos del Imperio Napoleónico. Ilustración tomada de *Napoleón et l'Etat*, Dossier 6082 de la Documentation photographique, París, Documentation française.

numeroso pueblo manifestaba por el héroe francés (52).

Sin embargo, cuatro años atrás, daba al americano Hiram Paulding una versión radicalmente distinta:

Todo era regocijo en la ciudad, pero nosotros no salimos del cuarto y hasta cerramos la ventana (53).

Envuelto en semejante ambigüedad está su testimonio de la coronación de Napoleón en Milán como rey de Italia o el episodio bastante fascinante del encuentro, a distancia respetable, con el emperador de los franceses, durante la revista militar de Montechiaro en mayo de 1805 (54). La última palabra

en este dominio le pertenece, según creo, a Miguel de Unamuno.

Y luego su Amadís, Napoleón. Porque es innegable la fascinación que Napoleón ejerciera sobre Bolívar, como sobre todos sus contemporáneos. Y la ejerció más cuando más quiso apartarse de sus malos ejemplos. Cabe decir, sin exceso de paradoja que nunca trasuntó más Bolívar a Napoleón que cuando se esforzó por no imitarle (55).

Este "síndrome amor-odio" encuentra solución en el terreno del rito y de lo simbólico. El libertador rehusa los signos del Imperio francés porque borrarlos de la Revolución. Napoleón había arrancado los Arboles de

49. *Suplemento al Monitor Quiteño, op. cit.*

50. *Gaceta de Canicas* del viernes 13 de diciembre de 1811, ed. facsímil, *op. cit.*

51. "Napoleón y Bolívar" fragmentos de Emil Ludwig en —*Revista de la Sociedad Bolivariana de Colombia*. 39-40, Bogotá, 1940, p. 151.

52. Perú de Lacroix: —*Diario de Bucaramanga*, París, Imp. de Walder, 1870, P- 65.

53. Citado en un artículo de Monseñor Diego María Gómez T.: "El juramento de Bolívar en Roma", en: —*Revista Bolivariana* No. 60, Bogotá, 1860, p. 124.

54. Perú de Lacroix, *op. cit.*, pp. 45-46: famoso episodio durante el cual, como cuenta Bolívar, Napoleón le miraba con un anteojo.

55. Unamuno, Miguel de, "Don Quijote Bolívar", en *Bolívar*, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1983, p. 6.

la Libertad (56); Bolívar continúa plantándolos en Caracas en 1828 (57). Ambos comparten la utopía revolucionaria según la cual "Le Monde est vide depuis les Romains" (el Mundo desde los Romanos en adelante está vacío), mas su "inspirado" no coincide por completo. Bien lo refiere O'Leary:

Miraba sorprendido a la Francia, una gran república cubierta con los trofeos y monumentos que ostentaba el poder de sus ejércitos y de sus instituciones, cambiando por una corona el gorro de la Libertad (58).

Serviez capta bien la naturaleza y el límite de la fascinación:

Me contaba las ardientes emociones de gloria y de libertad que le embriagaron cuando, por vez primera, presencié uno de aquellos alardes que solía revistar cada Quintidi el Primer Cónsul en la plaza del Carrousel. ¡Qué recuerdo había conservado del grito glorioso: viva el primer Cónsul! que se unía entonces al grito nacional de ¡viva la República! (59).

El Libertador obedece aquí fundamentalmente al espíritu patriota como a su galaxia cultural de origen. Baraya había entrado en Bogotá en 1812 como un Jefe Romano (60); ofrecía a Bolívar una clave para asumir una doble herencia: la primera, con el ritual virreinal* y, la segunda, con su formación intelectual (61). Napoleón por su parte, plasmaba un modelo carolingio (62), cuya corona gótica le infundía horror al Libertador (63).

III. EL TROPISMO AMERICANO

1. Las figuras autóctonas de la Libertad

El 4 de febrero de 1816, en Funza, una india, con su corona de plumas bien dispuesta, lleva un cerezo cubierto de gorro frigio hacia la mitad de la plaza:

Planto aquí el árbol que nuestros enemigos arrancaron con crueldad de este mismo lugar (64).

En Colombia, en los albores de la Independencia, la libertad es una india. Esta última aparece ya el 19 de abril de 1811 en el escudo que adorna la bandera tricolor por la cual acaba de optar la Sociedad Patriótica de



Portada de *La victoria de Junín de 3.3. Olmedo*, publicada en París en 1826. Museo Nacional de Bogotá. Tomada de Enrique Uribe White, *op. cit.*, pag. 62.

56. Garrigues Jean, *op. cit.*, p. 46.

57. *Gaceta de Colombia* No. 391, *op. cit.*

58. O'Leary: — *Memorias*, Caracas, 1952, T. I., p. 62.

59. De Viarz, *op. cit.*, p. 132. (Traducción del autor).

60. Caballero, *op. cit.*, pp. 101-102.

61. Ver el capítulo V del libro de Manuel Pérez Vila: —*La Formación Intelectual del Libertador*, Caracas, Ministerio de Educación, 1971.

62. Masson, Frédéric: —*Le sacre et le couronnement de Napoléon*, París, 1908; nueva edición Tallandier 1978: pp. 72-78.

63. Perú de Lacroix, *op. cit.*, p. 65.

64. Caballero, *op. cit.*, p. 200.

Caracas: lleva en la mano izquierda el atributo de su función, verbigracia un asta con gorro frigio en la punta (65). Además, en 1812 es una india, aparentemente vestida al modo griego, la que Cartagena, a su vez, coloca en el centro de su escudo (66).

Las indias siguen apareciendo con frecuencia en el seno del rito bolivariano. En Socorro, a 24 de febrero de 1820, una india levemente atada de un brazo, con el fin de simbolizar a Popayán, acoge al Libertador (67). En Quito, en mayo de 1823, doce jóvenes desempeñan el papel de Vírgenes del Sol, al lado de un carro alegórico dispuesto para celebrar la Independencia. Pero esas indias, en el intervalo de diez años, han dejado de ser semánticamente las mismas ¿Cómo, en verdad, podrían seguir encarnando un valor que empieza el ritual bolivariano a asociar con estatuas alegóricas a lo antiguo? La "India-libertad" debe apartarse donde aparece una Minerva encasquetada. El tropismo americano queda postergado ante el folklore republicano de inspiración francesa. Quizá se haya de relacionar tal ocaso con el desmoronamiento de la imagen rousseauiana

del Indio en Bolívar nada más empezar la Campaña del Sur, lo cual demuestra claramente el Dr. Henry Favre (68). En 1826, la alegoría que lleva en su portada el Canto a Junín de Olmedo ya no asocia la figura del Indio sino a provincias de América; siendo rubia, además, la única india del grupo (69).

Otra figura femenina dominante en el rito bolivariano, menos desmerecedora de él que la precedente, es la imagen mariana. Parece estribar su fuerza en el hecho de ir asociada con la Libertad reconquistada sin identificarse con ella jamás en el plano de la alegoría. Caso específico de ello ofrece Quito. La Virgen de las Mercedes patrocina cada año el aniversario de la batalla del Pichincha (70), mientras la de Guápulo acompaña al retrato del Libertador en su fiesta onomástica (71). El simbolismo lunar que la rodea asegurará, en lo más hondo de lo imaginario indígena, una hierogamia secreta con la imagen solar de Bolívar (72). Por lo menos en este aspecto, triunfa el tropismo americano.

2. De un sol a otro: reflexión en torno al mito solar bolivariano

Mas del Autor supremo una mirada cambia en plácido día los horrores de la más negra tempestuosa suerte y alumbrando el sol al medio de la noche; (...)

El Sol sus doce Casas ha corrido alumbrando tu dicha, Quito noble, y el astro de la luz ya ha disipado tus penas, tu opresión y tus dolores.

La metáfora de la "irrupción del día" que apunta en estos versos pronunciados en Quito el 24 de mayo de 1824 (73), va referida a una de las imágenes claves de la Revolución francesa, cuando ésta se afana por expresar su "pasión del comienzo" (74). Pero aquí, como antes, el tropismo americano nos parece ejercer una distorsión que desvirtúa un tanto la imagen original.

La metáfora solar, que se distinguirá de la de la "irrupción del día", está cargada de un sentido, común entonces en Francia y en España: se refiere al absolutismo real. La relación de las exequias de Luis I de España, publicada en México en 1725, se titula: *Llanto de las estrellas al ocaso del sol anochecido en el*

65. Esta bandera se encuentra en el Museo Bolivariano de Caracas.

66. Quintana, *op. cit.*, p. 293.

67. Carta de Morales a Santander fechada del 24 de febrero de 1820 en: —*Boletín de Historia y Antigüedades* No. 16, Bogotá, 1903

68. Favre, Henri: "Bolívar et les indiens" en *Bolívar, Cahier de l'Herne*, 1983, pp. 272-286. H.J. König vincula más bien el ocaso de la figura de la India a un cambio de retórica política a partir del Congreso de Cúcuta, en su art.: "Símbolos nacionales y retórica política en la Independencia: el caso de la Nueva Granada", en Coloquio de Bonn: *Problemas de la Formación del Estado y de la Nación en Hispanoamérica*, ed. Inter Naciones, Bonn 1984, pp. 389-407.

69. Uribe White, Enrique, *op. cit.*, p. 62.

70. *Acta de Cabildo* del 4 de mayo de 1824; Archivo Municipal de Quito: Vol. No. 143. La Virgen de las Mercedes está asociada con la "Transformación política del Departamento".

71. *Acta del Cabildo* del 24 de octubre de 1823; *Ibid.*

72. En Quito, tanto la fachada norte de la Iglesia Catedral, como la fachada sur del Convento de la Merced, ilustran, bajo la forma de relieves esculpidos esta oposición dualista del sol con la luna. Las viejas teorías aristotélicas que expresan la superioridad del mundo sideral sobre el mundo sublunar (dentro de la doctrina cristiana, la Virgen pertenece al primero), y la idea del "Cristo-Sol" difundida por los jesuitas, están aquí, directamente, en resonancia con lo imaginario indígena precolombino.

73. *Suplemento al Monitor Quiteño op. cit.*

74. Starobinsky, *op. cit.*, p. 34.

oriente (75). En cambio, la exaltación al trono de Carlos IV, impresa en Lima en 1790, lleva por título: *El sol en el medio día: año feliz...* (76). Efectivamente, las fiestas que organiza Don Bartolomé Meza en Lima con este motivo se colocan totalmente bajo el signo del astro solar. La justificación del cuarto carro alegórico es clara:

Este carro del sol, de luces de parto por ostentarse en el a Carlos Quarto, astro luciente del hispano suelo, en que puso el amor todo el desvelo (77).



Escudo Peruano, 1826: "Renació el Sol del Perú". Foto del Autor.

En consecuencia, lo simbólico revolucionario más se aviene con los rayos solares masónicos que con un astro demasiado sobera-

no a su gusto... El rito bolivariano parece desentenderse de tal distinción. Rehabilita el astro en su totalidad. Los veteranos de Carabobo lo llevan en el brazo izquierdo bajo forma de escarpela amarilla, y también figura, incrustado de diamantes, en el centro de la diadema con que se corona a Bolívar en el Cuzco (78). El mismo Libertador declara a la Asamblea Constituyente Boliviana, en su mensaje del 25 de mayo de 1826, que el Presidente de la República viene a ser "como el sol que firme en

su centro da vida al Universo" (79): un principio vitalicio, de esencia solar, fomenta lo que Bolívar considera "como la más su-

blime inspiración de las ideas republicanas" (80). ¡César se proclama *Sol Invictus!* Dos factores primordiales explican, a nuestro parecer, lo específico del mito solar bolivariano comparado con la imagen revolucionaria de la "irrupción del día". En primer lugar, se nutre su lógica del dualismo sostenido con la "Leyenda Negra" de la Pacificación. La Ley de Conquista que proclamó Monteverde en 1813 ha devuelto momentáneamente a España a las tinieblas. Morillo y Sámano pueden reinventar una pedagogía del castigo, copiada del duque de Alba, cuyos ritos enarbolan los signos del luto: obscuridad, silencio y severidad... En segundo lugar, la alegoría solar enlaza en los Andes con un pasado al que se glorifica por americano: el pasado inca. Manco Capac puede arengar al Libertador, en el *Sol del Cuzco*:

Desde la tumba, ilustre regenerador de mi patria, vengador de la sangre de mis hijos, yo te saludo. (...)

El sol mi padre, el padre de la luz, el dios del día brilla, me parece, con más esplendor que en los años de mi gloria, por que se complace de tus hazañas (81).

La descripción del transparente que se exhibe en Lima el 28 de octubre de 1825, con motivo del santo del libertador, es elocuente. Se veía en él:

75. *Llanto de las estrellas al ocaso del sol anochecido en el oriente. Solemnes exequias que a la augusta memoria del Serenísimo y Potentísimo señor Don Luis primero Rey de las Españas celebró el Exmo Señor Don Juan de Acuña*, México, Joseph Bernardo de Hogal, 1725. Biblio teca Jijón y Caamaño, B.C.E., Quito, ref. 00744.
76. *El sol en el mediodía: año feliz Júbilo particular con que la Nación indica de esta muy noble ciudad de Lima solemnizó la exaltación al trono de nuestro Augustísimo Monarca el Señor Don Carlos IV en los días 7, 8 y 9 de febrero de 1790*. Museo del Libro, C.C.E., Quito.
77. *Ibid*, extracto de la "Canción Sexta".
78. La diadema se conserva en el Museo Nacional de Bogotá.
79. Blanco, J.F. y Azpurua, R.: —*Documentos para la historia de la vida pública del Libertador*, Caracas, ediciones de la Presidencia de la República, 1977 (reed. conm. de la ed. de 1876), T. X, p. 343.
80. Citado por Gerhard Masur, en *Simón Bolívar*, Bogotá, ed. en español de Grijalbo, 1984, p. 480.
81. Blanco y Azpurua. *Ibid*, T. X, p. 127.

Al jenio del Perú, representado en el Inca Viracocha revestido de los atributos del imperio y seguido de las vírgenes del sol, que llevaban en sus puras manos una ancha cinta blanca y encarnada, ofreciendo el templo, en que adoraban este astro, a BOLÍVAR que, cabalgando en un sobervio caballo, pisaba un suelo sembrado de cadáveres españoles; viéndose a distancia parada la Libertad en un pico de los Andes (82).

3. Bolívar sustituto de Mariana

Al final, se puso el Sol de Colombia y pudo comenzar la apoteosis de Bolívar. El 10 de febrero de 1831 la capital de la República parece convertirse de rondón en teatro privilegiado de la empresa:

Todo, todo estaba calculado para erizar los cabellos en medio de aquella pompa y solemnidad religiosa, para enternecer el alma y llenarla de terror por la pérdida inmensa que acababa de hacer Colombia (83).

A pocos héroes revolucionarios franceses les fue dado gozar de igual compasión; excepto, quizás, a Marat en julio de 1793 (84). La alegoría que se pinta en el lienzo colocado a espaldas del coro y frente a la puerta principal de la catedral indica claramente que se desvaneció la Gloria: la Victoria se retira dejando por el suelo sus atributos (palma y corona de laurel). Sin embargo, en el dédalo de signos

que se ofrece a la vista no se percibe ninguna representación alegórica de la Libertad o de la República... Sorprende un detalle: en una de las puertas del cenotafio que se erige al Libertador está representada su imagen en tres fracciones de un espejo roto... La metáfora es clara: la República ha estallado, pero el principio bolivariano sobrevive en cada uno de sus miembros.

Se dice que un día, en esa misma catedral, un predicador se dirigió al Libertador en estos términos:

Seguid, señor, seguid, que en vos también se encierra una trinidad augusta: sois el Padre de la Patria, el hijo de la Gloria y el espíritu santo de la Libertad (85).

Por lo tanto, la consagración de Bolívar, convertido al morir en verdadero *Divus*, no debe extrañar (86). Con gran lucidez, Manuela Sáenz había proclamado ya su inmortalidad política en noviembre de 1830, unos días antes de su muerte física (87). El Libertador realmente aparece, desde ese momento, como la figura alegórica ideal para ocupar un dominio abandonado por la simbólica política andina: el de una figura femenina de la República. Esta idea, nos la ha sugerido recientemente el Dr. Yves Saint-Geours: la simbólica

bolivariana ha absorbido el conjunto del arsenal simbólico de la Revolución francesa, con excepción de la figura de Mariana... Se podrá buscar una explicación al fenómeno en diversas direcciones. Nos parece probable que el alcance y la trascendencia del culto a la Virgen María en la zona considerada ha borrado la necesidad del recurso a una diosa laica, de nombre ambiguo y, al fin y al cabo tan francesa...

El Libertador ocupa, pues, al morir, todo el campo semántico de un simbolismo de la Re-



Mausoleo de Sucre, Quito: una bondadosa mensajera de la Libertad enropada del tricolor revolucionario, quizás Mariana, entrega la bandera del arco iris al Mariscal de Ayacucho, mientras que se levanta el sol de la regeneración política. (Foto del autor).

82. El Dr. Thierry Saignes, nos hizo observar con mucho criterio que esta alegoría, recogida en la *Gaceta del Gobierno del Perú* del 30 de octubre de 1825, (ed. Facsímil, *op. cit.*); parece asociar la figura del Libertador con la de Santiago Matamoros y, consecuentemente, como es de costumbre en el ámbito serrano, con la de Apu Illampu, el "Señor de los rayos". Entendemos mejor así que, en el seno de la esfera cultural andina, Bolívar hace referencia fácilmente a la metáfora de la luz; y que se le califica a menudo de "Relámpago" o de "Rayo de la Victoria".
83. "Exequias en Bogotá. Relación de las exequias hechas en Bogotá, a 10 de febrero de 1831 al Libertador", en: —*Revista de la Sociedad Bolivariana* No. 27-28, Bogotá, 1938, pp. 122-129.
84. Ver el artículo muy sugestivo de Frank Paul Bowman: —"Le sacré-coeur de Marat", en: Coloquio de Clermont-Ferrand, junio de 1974: —*Les fêtes de la Révolution*, París, Société d'Etudes Robespierriennes, 1977.
85. "Bolívar y el Predicador", en: —*El Libertador* No. 106, Quito, 1951.
86. Respecto a este concepto ver libro muy al día de Javier Arce: —*Funus Imperatorum, los funerales de los Emperadores Romanos*. Madrid, Alianza Forma, 1988, p. 199.
87. "El Libertador es inmortal, una carta desconocida de Manuela Sáenz" artículo de Gerhard Masur en: —*Boletín de la Academia Nacional de Historia* No. 74, Quito, 1949, pp. 277-280.

pública. Sin embargo, el retorno de sus cenizas en noviembre de 1842 fundamenta un reconocimiento histórico que intuimos de otra índole. El primer país que expresa el deseo de asociarse a su triunfo póstumo es la Francia monárquica de Luis-Felipe (88). Quizás vea en ello un medio para identificar con más firmeza a Bolívar con lo imaginario napoleónico poco después de la apoteosis parisiense del emperador (89). Así podría, en cierto modo, cerciorarse de que Mariana no iba a encontrar tierra de exilio tropical bajo la égida de una figura emblemática

tan potente como la del Libertador. Ahora bien; el ritual bolivariano que se entrevé en los grabados del *Álbum* de Simón Camacho (90) nos da la impresión de la apoteosis de un héroe romántico, despojado en gran parte de su función republicana para revestir la de "Padre de las Naciones". Por lo menos, tal es el significado simbólico de la urna primorosamente labrada que se reserva a los restos del Libertador (91). Chateaubriand opinaba en su tiempo que el traslado de las cenizas del *Homme Gigantesque* era un

error cometido en menoscabo de la Fama:

Privé de son catafalque de rochers,
Napoléon est venu s'ensevelir dans
les immondices de Paris (92).

¡Tampoco a Bolívar se le permitió arar en el mar a su antojo!

Despojado de los "oropeles" de la Colonia que le cubren, el meollo activo del ritual bolivariano presenta, a nuestro modo de ver, una obvia concordancia simbólica con la Francia revolucionaria. La adecuación de los emblemas y de las prácticas de la Libertad establece un común horizonte que se articula en torno al paradigma de la cultura antigua. El modelo de la República Romana resuelve la filiación de lo imaginario patriota entre uno y otro. Ajusta los continentes a la hora de la modernidad (93). La regeneración bolivariana, sin embargo permanece, por naturaleza, tributaria de la mitología del Nuevo Mundo: la utopía alía el gorro frigio con las plumas indígenas en la guarda de la espada triunfal que el Perú entrega a su Libertador (94).

En 1830, el Libertador, héroe epónimo a pesar de las cinco jóvenes naciones, sigue abarcando todo el campo semántico de la idea republicana, pero el ritual bolivariano, tal como sobrevive

en el siglo XIX, cambia resueltamente de rumbos: el "culto de un pueblo" se organiza en adelante en "culto para un pueblo" (95). El Dr. Bernard Richard define con agudeza la incidencia del fenómeno en el plano de lo simbólico:

"Este culto al padre-fundador y a sus epígonos aleja a la América Latina del modelo francés" (96).

Lo americano impedía que el General convidase a Mariana en su laberinto...

88. Páez, *op. cit.*, T. II, p. 371.

89. Ver las páginas 352-387 de J. Lucas-Dubreton en *Le culte de Napoléon, 1815-1848* I Paris 19591 consagradas al significado de la vuelta de las cenizas de Napoleón para la "Monarchie de Juillet".

90. Camacho, Simón: —*Recuerdos de Santa Marta, 1842*, Caracas, imp. por George Corser, 1844, p. 38. Se puede consultar este libro en la Biblioteca Nacional de Caracas, contiene el álbum oficial de las litografías realizadas durante las ceremonias que presidieron el retorno de las cenizas de Bolívar.

91. Ver la descripción oficial de Fermín Toro que cita Páez en sus *Memorias* en la p. 374; *op. cit.*, así como los comentarios de Ángel Isaac Chiriboga en varios artículos que

consagró a este tema.

92. Chateaubriand: —*Mémoires d'outre-tombe*, T. IV, pág. 120, citado por J. Lucas-Dubreton, *op. cit.*, p. 383.

93. Ver las interesantes conclusiones de Claude Mosse en su último libro: — *L'Antiquité dans la Révolution Française*, Paris, Albín Michel, 1989, p. 169.

94. Una réplica de esta espada se conserva en el pequeño museo de la hacienda de San Mateo.

LÉXICO

La heroización: Tomamos este, concepto del artículo de Philippe Goujard: "Une Notion-Concept en construction: l'Héroïsme révolutionnaire" en *Dictionnaire des usages socio-politiques (1770-1815)*, INALF, Saint-Cloud, 1987. Escribe a este respecto en las págs. 21 y 22. "A largo plazo, fue el proceso de heroización que impregnó más la mentalidad francesa al permitir el culto a los grandes hombres, como al soldado desconocido, y haciendo del sacrificio a la patria la forma suprema del sacrificio".

Lo imaginario: Tal como fue definido durante el Coloquio de Loches de julio de 1987 dedicado a "L'Imaginaire Historique" (Instituí Collégial Européen; no publicado), este término parece encerrar un triple registro de significaciones: —De acuerdo con su etimología latina ("*Imago*") expresa el conjunto de las imágenes físicas que pretenden representar a lo real. (Así lo entendía André Malraux acerca de su "*Musée Imaginaire*").

—Por otra parte, quiere designar a la red de imágenes mentales, o representaciones, que fomentan un ideario político o religioso. Jacques Le Goff, en sus escritos más recientes, aparta claramente este registro del dominio de la Historia de las Mentalidades.

—Un tercer nivel de entendimiento se refiere a categorías mentales de muy larga duración histórica como las que destacaron Georges Dumézil y Georges Duby en el marco de la Europa Occidental.

La simbólica: Bajo este neologismo designamos al conjunto de signos que expresan lo simbólico propio a un ideario político o religioso. Nos autoriza descartar, cuanto posible, a la palabra "Simbolismo" cuyo sentido remite demasiado a una escuela literaria como pictórico de finales del siglo XIX.

Quintidi: Quinto día de la semana.

95. La distinción es de Germán Carrera Damas en: — *El culto a Bolívar*, ed. Universidad Nacional, Bogotá, 1987, p. 290.

96. Richard, Bernard: —"Marianne en Amérique Latine, autour du bonnet phrygien et de "Libertad", inédito, 1989, (traducción del autor).